

A propósito de teología y de liberación

Benjamín Morquecho Guerrero
Humanista y profesor universitario

En 1947 Werner Jaeger publicó su libro *La teología de los primeros filósofos griegos*. En él mostró cómo prácticamente toda la filosofía griega puede ser leída «*sub specie Theologiae*», como si fuera teología. Esa lectura, legítima e interesante, ilustra un aspecto relevante del pensamiento helénico.

Los griegos fueron teólogos por vocación. Acceder a lo divino por el camino del *logos* fue una de sus máximas hazañas, o, por lo menos, de sus máximas aspiraciones. Y ser teólogo es una espléndida forma de religiosidad, aunque no es la única.

Roma heredó, hasta donde pudo, el intelectualismo helénico. Solo le fue posible hacerlo sometiéndolo a una profunda transformación. Dos términos claves ilustran el fenómeno. El término latino *ratio* se mueve en una constelación semántica muy lejana de la del *logos* griego. No es tanto reunir en un orden lo disperso-caótico del *legein* de los griegos: de ahí *logos*. Es capturar, aprehender, aprisionar, el *reor* de los romanos, de donde precede *ratio*.

La teología postromana siguió las dos vertientes: acceder a lo divino por el camino del *logos*. Tratar de capturarlo, aprehenderlo, con-cebirlo. Cambiarlo en con-cepto. El cristianismo heredaría las dos vertientes. Su teología fluctuaría entre un *logos* o una *ratio* de lo divino.

La historia del cristianismo es también legible *subspecie theologiae*. Por ejemplo, frente a otras formas no europeas —¿no occidentales?— de religiosidad, podrá leerse como la historia de una teología frente a otras formas de teo-vivencia.

Jaeger, en el primer capítulo de este libro, sitúa su lectura de los primeros filósofos griegos, en el contexto de la historia contemporánea de la filosofía clásica. Los helenistas del siglo pasado —Zeller, por ejemplo— influidos por Hegel y el idealismo alemán, habían leído a los presocráticos *subspecie speculationis*, en el camino del mito al *logos*; en el proceso de la constitución del pensamiento racional. Los positivistas, por su parte —quizá Willamowitz sea su ejemplo más ilustre—, los leyeron como *sub specie scientiae*, como precursores del pensamiento científico. Y los textos aguantan esas lecturas y algunas

otras. Habría que ver cómo se estructuran las distintas lecturas de los textos. La lectura filológica es un método con una buena dosis de selectividad.

También una historia real es legible de muy distintas formas y la estructuración de cada visión es algo más problemático.

La historia del cristianismo, por ejemplo, legible como la historia de una teología —frente a otras formas de religiosidad— puede ser leída también como fenómeno histórico político. Sería la historia de la constitución, auge y disolución de la cristiandad y de las formas regionales de la misma que resultaron de su secularización. En este marco es, tal vez, donde se entiende el fenómeno de la implantación del cristianismo como la religión del cristianismo en África y en América Latina.

La historia del cristianismo ofrece también momentos de agresiva teo-vivencia, en oposición a las historias teológica y política. Se trata de momentos aislados y relevantes: Pablo de Tarso, el franciscanismo primitivo, los místicos.

América Latina fue conquistada y cristianizada por España, uno de los menos europeos países de Europa, uno de los más orientalizados a pesar de su situación occidental. Quizá el cristianismo español no sea de los más teológicos a pesar de dos —¿o tres?— generaciones de los años quinientos. Tiene, en cambio, en ese mismo tiempo, relevantes ejemplos de agresiva teo-vivencia. Como historia política es un fenómeno aparte. Constituido en siglos de lucha y convivencia con el islam y la sinagoga —Al Andalus y Sefarad son también nombres para España— llega a ser un cristianismo fuertemente militante; islamizado en este sentido, y mesiánico, porque no se vive en vano una lucha de siglos.

Para la lectura de la historia del cristianismo español esa relevancia de lo militante es, creo, muy ilustrativa. Es curioso, por ejemplo, cómo dos de las órdenes que más intelectuales han dado a la Iglesia: los predicadores y los jesuitas, hayan sido fundaciones españolas. Es visible también en sus fundadores la intención combativa de sus organizaciones, contra las herejías albigenses o luterana. La Compañía siempre fue concebida como militancia.

Es curioso que España tenga dos siglos tratando de dar cuenta de su pasado. Ha ensayado dos métodos extremos. Esclavizarse al pretérito: vivirlo como si no hubiera pasado. O bien, negárselo. Ilusionarse con que no hubiera existido. No parece haberle funcionado. Porque si hay alguna liberación difícil, compleja, es la liberación respecto del propio pasado. Una lectura de nuestro pasado prehispánico, como si no hubiera habido una Conquista, es una tentación del mismo tiempo.